

LA MÁSCARA ANDRÉS R ESCRITOR

Soy un escritor de novelas baratas y, peor, cuentos gratuitos. Tenía que suplicar, en realidad, para que publicaran alguno de mis cuentos gratuitos.

Ahora pasa al revés. Ellos tienen que insistir, e insisten, insisten mucho, para que me digne a escribir un cuentito.

—¿Un cuento? —digo yo.

—Un relato —dicen ellos.

—...

—Por favor —suplican, rodeando mi cara de yeso.

Me piden, me exigen, «un relato». ¿Por qué no? Será un relato de ciencia-ficción. Les resumo el argumento: un tipo está encerrado en una especie de cárcel u hospital. Visité muchos hospitales, por cierto. Hay que documentarse, ¿verdad?

Bueno, el tipo del cuento está lleno de pastillas y cree que todos (los enfermeros, los guardias, etc.) son réplicas de él mismo. Ya sé que estoy plagian-do a un montón de farsantes que plagiaron a un autor del siglo pasado. Me pidieron «un relato», no una obra tan original como mi cara de yeso.

Todos, sin excepción, son réplicas de mí mismo. Tienen mi cara. Máscara, en realidad. Dos por tres, me repito que es un efecto de las pastillas negras que me obligan a tomar... Las primeras noches en mi cuarto fueron horribles: un enfermero se deslizaba hasta mi silla y me alcanzaba un vasito blanco con algo negro moviéndose en el fondo. La pastilla era un insecto, y pataleaba; algunas noches, el bicho, frenético, embestía contra la pared circular del vasito. Pero bueno, lo que caía en mi palma era una simple pastilla negra que tenía cuatro patas invisibles.

El enfermero, con mi cara, me daba unas palmadas en el hombro. Pero no sonreía. Jamás sonrió.

—Voy a matarte —le dije una vez—. ¡Prrr!

A veces, me encierran en una jaula para loros. Bueno, cuelga de una viga y es demasiado chica para un hombre de altura normal.

—¡Prrr! —digo, con el mentón hundido entre las rodillas—. ¡Voy a matarte! ¡Prrrrr!

El guardia, con mi cara, finge no oírme; se rasca la cabeza rapada (de loco o de preso), fuma en pipa, lee una novela barata, camina tranquilamente hasta la ventana del galpón, silba “I Put a Spell On You”, mira la hora y abre la puerta corrediza. Otro guardia, su relevo, idéntico a él y a mí y a todos, se acerca a la jaula y revisa el candado de la puerquita.

—Voy a matarte —le digo yo, con la máscara entre las rodillas—. ¡Prrrr!

Inexpresivo, mira la hora y camina hasta la ventana del galpón. ¿Qué verá? El paisaje no es gran cosa, supongo. Yo, desde que estoy prisionero, sólo vi muros y rejas y guaridas y perros con bozal.

—¡Qué aburrido es todo esto! —digo, a menudo—. Siempre los mismos. ¿No les gustaría ver una cara nueva?

—No —contesta una máscara, idéntica a la mía—. Nos gustaría un relato sobre su padre, inmediatamente.

—¡Prrr! Quisiera ver a papá. Es mi héroe. ¡Prrrr! ¡Engordó con los años! Tiene una pata de palo, etc.

—Escríbanos un relato sobre él, por favor.

—¡Sácame de la jaula! Ya estoy cansado de este relato —dije.

—Escríbanos otra cosa, por favor.

—...

—Un relato sobre cierta persona. Alguien que usted quiera o admire, señor.

—Papá —dije, inmediatamente.

Bueno, me sacaron de la jaula y me dieron un cuaderno de escuela y una birome azul.

Papá trabajaba en un laboratorio. Fabricaban pastillas negras, claro.

Empiezo otra vez. El laboratorio de papá fabrica las pastillas negras que me obligan a tomar aquí, posiblemente.

Otra vez. Resulta que a papá lo despidieron del laboratorio... Una pastilla negra, bastante

SCARA EVILLETAS, EN JAULA)

FELIPE POLLERI

grande, como una jaula, avanzó en cuatro patas hasta el escritorio de papá y dijo:

—Está despedido.

—Pero. Pero. Etc. ¿Por qué? ¿Por qué, señor? ¿Por qué?

—Usted es lento —sentenció la pastilla, subiendo (gracias a sus cuatro patas de insecto) por la pared y el techo y la otra pared y el piso y el techo y todo daba vueltas, todo giraba, el escritorio de papá también, a una velocidad asombrosa.

Las pastillas que despidieron a papá eran negras. Todas las pastillas son negras, aunque parezcan juguetes. Esas pastillas luminosas, de colores alegres, de colores festivos, son un gran fraude.

Hay un juguetero, el mismo que hace esos trencitos amarillos y esos baleros rojos, que pinta las pastillas de los enfermos mentales. Lo vi en una pesadilla: calvo, gordo, con un gran mostacho blanco y lentes cuadrados. Y supe (con esa certeza absoluta e inexplicable que uno tiene en los sueños) que ese era el hijo de puta que pintaba las pastillas de los locos. Pastillas que, repito, son negras y hechas con mierda de rata y cucarachas maceradas...

Resulta que a papá lo despidieron del laboratorio donde había trabajado «casi diez años» y, a los diez meses, se había convertido en un borracho. No pudo aguantar que su mundo (un mundo que creía justo porque había sido generoso con él y unos pocos más) desapareciera como una pompa de jabón. Su brillante oficina de ejecutivo se transformó en una calle sucia y hostil donde lo maltrataban y le decía:

—No.

Y el pobre se derrumbó: escondido en el baño, con su botella, hablaba solo y lloriqueaba. Yo lo escuchaba un rato, asustado, también fascinado, y después le decía a mamá que un tipo lloraba en el baño.

—También habla solo —agregaba.

¡Pobre mamá! Mamá decía que estaba enfermo, pero los doctores lo iban a curar muy pronto.

—¿Hoy?

—Todavía no. En unos días... Salí a jugar, Andrés. ¿No ves que estoy ocupada? ¡Andate a la calle!

—...

—Y tené cuidado.

Nos habíamos mudado a un barrio pobre, lleno de mendigos.

Y borrachos.

Antes habíamos tenido una casa de primera categoría (jardín incluido) en un barrio de primera categoría.

Ya hablé, creo, de mi inexpresividad... Una cara blanca, armoniosa, sin el menor accidente. Papá tenía la nariz afilada, más afilada que cuando lo echaron del laboratorio, y ojitos brillantes de papagayo embalsamado.

Salía de nuestra casa todas las mañanas, con sus mejores trajes, a buscar el mejor empleo de la ciudad; los días y los meses fueron retorciéndolo...

¡Pobre hombre! Una tarde de verano, lenta y muy calurosa, me desperté en el sillón del living y vi a un hombre flaco y de nariz afilada en la ventana. Gritaba y pegaba en el vidrio con un anillo pesado y verde (antigua reliquia familiar) que usaba en el dedo medio. Ese anillo que se había puesto en las últimas semanas, para que todos vieran que descendía de nobles castellanos, me daba náuseas... Bueno, pegaba en el vidrio porque se había olvidado del llavero.

Me desperté y vi a ese extraño, de nariz afilada, pegando en el vidrio con un anillo ridículo.

—Yo te abro —dije, bostezando.

Últimamente, papá siempre estaba hablando de que había que ser «rápido» y de que él era «rápido».

—Lento —me sentenció, cuando le abrí la puerta, odiándome de arriba a abajo con sus ojitos diminutos y negros.

(No había encontrado el mejor empleo de la ciudad, supongo.)

Fue directamente a la botella. Era «rápido» para eso y fue cada vez más «rápido», hasta que se volvió lento.

—¿Soy lento? ¿Soy lento? —me preguntaba, rechinando los dientes.

Andaba en camiseta y pantuflas, con el vaso en la mano, odiando su lentitud y mi rapidez.

—Te crees más rápido que yo, ¿eh? —se acercaba el borracho, muy, muy lentamente.

—Vamos a caminar por el jardín —sugería mamá.

—Tu hijo se cree muy rápido. ¡Pero no! —decía el borracho.

—El jardín.

Al poco tiempo, venció la hipoteca. Perdimos la casa y el jardín y nos mudamos al barrio de los «fracasados».

—¡Mi hijo, el rápido! —sonreía el borracho.

—Vamos al jardín, querido. ¿Por favor?

Nos mudamos a un edificio de siete pisos, en un barrio de casitas viejas y descuidadas. El edificio, único en varias manzanas a la redonda, parecía una caja de zapatos gris; los apartamentos eran minúsculos y olían a guiso y a mierda. Ese. Lloriqueaba papá, era el «olor del fracaso». Yo trataba de no escucharlo y me asomaba al balcón: techos de zinc, la pajarera de Don Colo, veredas rotas, caballos hociendo la basura, chiquilines apedreando gatos negros.

—¡Guiso y mierda! —repetía papá—. ¡Fracasados!

Él, naturalmente, se negaba a hablar con los vecinos. Mamá, sumisa como de costumbre, trataba de llevarse bien con esas mujeres pasadas de gordas o flacas, parlanchinas y desconcertantes.

En uno de los apartamentos del sexto piso, había una vieja muy gorda. Tenía el living lleno de mierda, diarios viejos y loros chillones. Su docena de loros vivía en libertad, cagando lo diarios que cubrían el suelo y los muebles y hablando sin pausa. Decían que la gorda, agotada por sus ocho horas de fábrica y sus 150 kilos, más de una vez se había derrumbado en el sillón aplastando a un loro; la famosa libertad de expresión tenía algunas desventajas, como yo sabía bien. A menudo el mundo se derrumbaba en mi cara.

—¿Qué dijiste? —gritaba el borracho.

Yo, como un idiota, como un loro, había dicho algo sin pensar.

El gigante se acercaba, olfateando los rincones y creciendo.

—¿Dónde te escondiste, hijo de puta? ¡Quiero matarlo, Laura!

Al verlo acercarse, en lugar de callarme, seguí provocándolo: me lanzaba a hablar como loro de la gorda, tratando de explicarle que no había dicho nada ofensivo; después, el mundo me aplastaba.

Sin duda, una de las peores desgracias de este basural es que vemos a nuestros padres cuando están acabados. Un muerto en vida, nada, era mi padre cuando tuve edad para conocerlo. ¿No podemos conocer a nuestros padres cuando todavía son hombres y creen en el futuro? ¿Todo está hecho para liquidar los sueños de un hombre? ¿De su mujer? ¿De su único hijo? Pero yo, en realidad, tenía un sueño: no dejar que papá viera, en mi cara, el terror. Y un buen día, un domingo, poco antes de almorzar, me pegó en la máscara dos o tres veces y me empujó y me levanté y, bueno, lo atacué y le tajeé los brazos y lo herí en el costado.

—Hijo de puta —dije, inexpresivo como un loro—. ¡Prrrrrr!

Hablando de otra cosa, a los nueve o 10 años ya era un artista. Bueno, perdí mis primeros cuentos. Los viejos y los chiquilines esconden tan bien sus tesoros que los pierden, ¿verdad?

Pero, en algún sitio, debe haber un papelito doblado y amarillo que anuncia: «Estoy deshecho». Y en otro lugar debe haber un segundo papelito amarillo, doblado en cuatro partes, que dice... No sé que escribí en ese papelito. Algo simple, creo. Dos o tres palabras. Los chiquilines saben pocas palabras. «Mucho dolor». O «Tengo miedo». O «A partir de esta noche, de ahora mismo, no siento nada y no tengo cara».

Yo quería ser tan inexpresivo como una hoja en blanco. Practicaba frente al espejo... Tuve mucho éxito (la palabra clave es papá); unos años después, cuando me ennovié con Inés, sentí que mi cara era una máscara incapaz de sonreír...

—¿Fue una sonrisa? —se burlaba ella.

—Una gran sonrisa —decía yo.

—Pareció que te había dado una puntada en la vejiga...

—Fue una gran sonrisa —insistía la máscara.

Bueno, soñé con la máscara muchas veces. La tuve sobre una mesa de vidrio. Del lado que los demás ven, estaba en blanco. De mi lado, estaba escrito como una pared: insultos, puñales, esa mujer desnuda que todos dibujamos en el margen de una hoja de cuaderno. Enseguida, pensando en

mamá o en la maestra, convertimos las tetas en un par de lentes y la cara de la mujer desaparece en un cerquillo negro y las piernas de la mujer se pierden en la barba negra del monstruo-cabeza.

Nunca vi al monstruo-cabeza (esa bola con pelos negros y lentes bizcos) arrastrándose sobre una tabla con rueditas por 18 de julio. Sería un espectáculo aterrador y, sin duda, fascinante: esos padres de familia temblando al reconocer a la mujer que dibujaban en la escuela.

Inés, mi profesora particular de matemáticas, tenía 36 años y unas tetas enormes. Era, mirándola en perspectiva, una mujer atractiva y bien proporcionada... salvo por aquellos globos que flotaban sobre mis numerosos ganchudos. La miraba de reojo y tenía fantasías horribles... Era una mujer casada. Una madre, incluso. ¡Una Mujer Buena! Entonces, convertía a las tetas en un par de lentes y la cabeza de Inés se perdía en un cerquillo negro y sus piernas desaparecían en la barba larga del monstruo-cabeza.

Papá se recuperó y uno de sus antiguos y brillantes amigos le consiguió un empleo «decoroso» en un ministerio. Volvimos a ser amigos y a practicar con la raqueta en el living... Mamá sonrió otra vez (ella no llevaba máscara) y vivió un segunda y resplandeciente luna de miel. Yo también estaba contento: las matemáticas. Al final, sin abandonar mi cara de nada, me había adueñado de los globos; entre risitas, Inés se había acostado sobre la alfombra del living. Entre el armario y el aparador.

—Mi bebé —dijo, la primera vez—. ¡Mi chiquitito!

Heredé una máscara armoniosa, ya lo dije, añorada.

El esposo de Inés volvió dos horas antes, y quiso pegarme en la máscara y terminó en el hospital... Papá dijo que era su culpa; que me había enseñado a ser más «rápido» que los demás.

Bueno: esta mañana visité a papá. Tiene una librería, diminuta y polvorienta, que atiende de nueve a seis. Cuando mamá murió, papá (la pasión desquiciada con que otros se emborrachan, con que él mismo se había emborrachado) empezó a leer todo lo que caía en sus grandes manos. Al final, compró ese localcito a la calle

y lo abarrotó de libros viejos y revistas ajadas. A veces creo que empezó a leer porque yo leía; para acercarse, lentamente, a mí: el «lento».

—Te crees muy «rápido», ¿eh? Pero no.

Cuando entré a la librería, papá arrastró las piernas y me abrazó; le gritó al viejo Fernández que se ocupara de todo, y fuimos a sentarnos en uno de los bancos de hormigón de la plaza.

Ahora es un viejo completamente calvo y panzón; pero uno lo ve, con sus desafiantes camisas de colores chillones y su jeans agujereados, y siente que esa nariz de halcón cortó en dos el Infierno para volver a la Tierra.

—Heredaste los ojos de tu madre —dijo—.

Tengo algo para vos, Andrés.

Me entregó un ejemplar de *David Copperfield* (ilustraciones de Phiz), como la semana antes me había regalado una novela policial de Himes. Cuestan muy poco; pero yo se que estuve toda la mañana pensando en mí, tratando de elegir un libro digno de su hijo: el artista.

Papá gesticula mucho; cierra los puños, como si fuera a pegarme, y me acaricia la cara una y otra vez.

Yo sé que tiene ganas de pegarse a sí mismo; aprieta los labios, cierra un puño y con la otra mano me palmea la cara de yeso.

Hoy (raramente hablamos del pasado) cometí la estupidez de decírselo.

—Ya te perdoné, viejo.

Su expresión cambió; nunca, ni en las peores épocas, lo vi con semejante expresión de crueldad; me pegó una cachetada y me pescó de los hombros y me miró a los ojos con sus ojos de pájaro.

—¿Esto te hace acordar de algo? —sonrió, jadeando de pena.

Me pegó otra vez, pero con el puño cerrado.

—Basta, papá —susurré, inexpresivo.

—¡Nunca vuelvas a decirme eso! ¡Perdoname cuando esté muerto! Cuando esté tan muerto ¡que hayas podido olvidarte de lo que te hice!

Se levantó y, llorando sin lágrimas, arrastrando la pierna, se fue golpeando y acariciando a los demonios que lo atormentaban. Supongo que los demonios de papá tienen mi cara, mi máscara.

De El rey de las cucarachas, seguido de Vidas de los artistas (Cauce Editorial, Montevideo, 2001), publicado en la colección De Los Flexes Terpines, dirigida por Mario Levrero.